

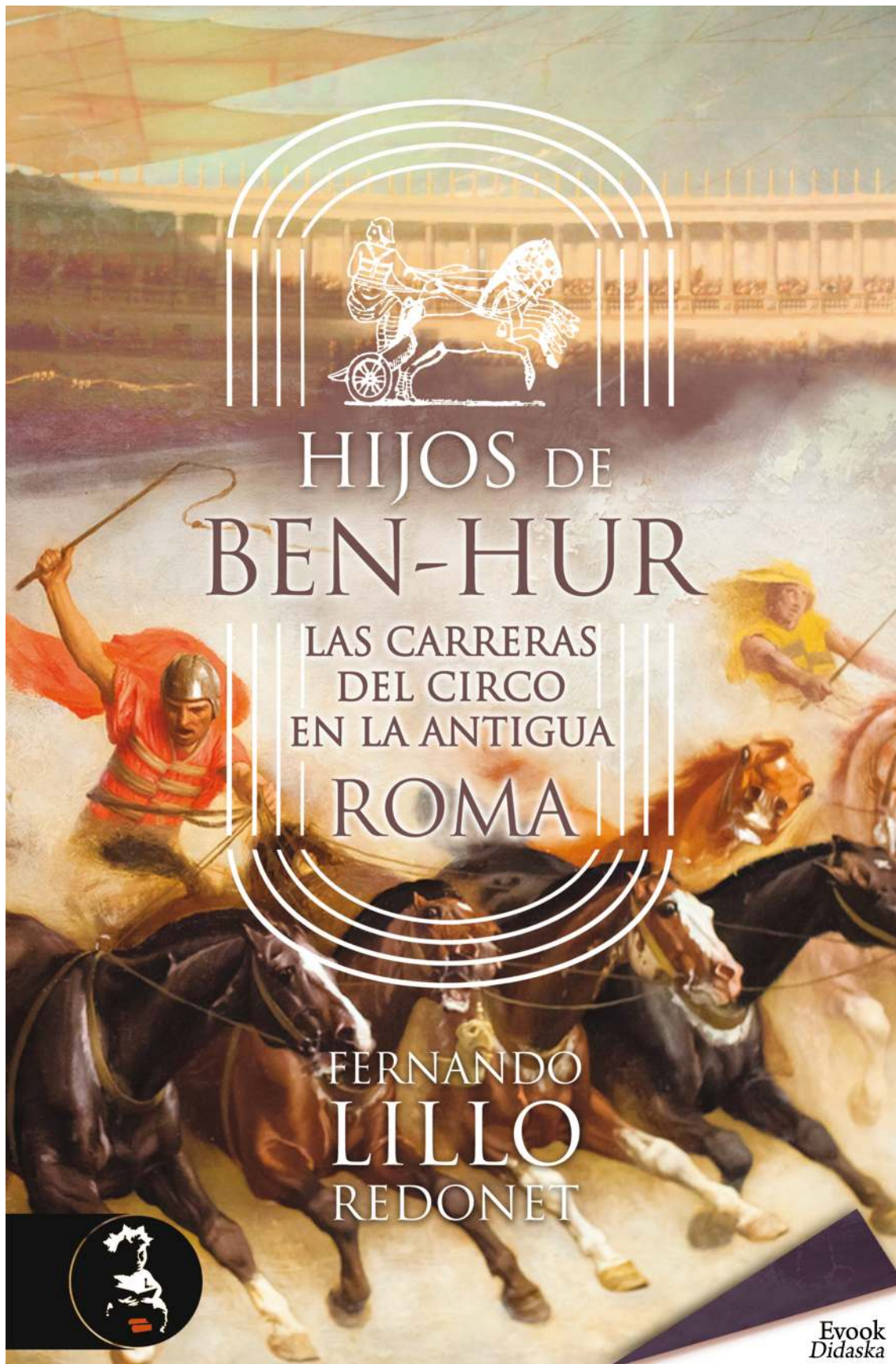


HIJOS DE BEN-HUR

LAS CARRERAS
DEL CIRCO
EN LA ANTIGUA
ROMA

FERNANDO
LILLO
REDONET





HIJOS DE BEN-HUR

LAS CARRERAS
DEL CIRCO
EN LA ANTIGUA
ROMA

FERNANDO
LILLO
REDONET



Evook
Didaska

HIJOS DE BEN-HUR

Fernando Lillo Redonet



Evohé Didaska

INTRODUCCIÓN

En la Antigua Roma las carreras de carros eran muchísimo más populares que los juegos de gladiadores. Frente a los 50.000 espectadores del anfiteatro flavio o Coliseo, el Circo Máximo podía albergar como poco a 150.000 enervados fans que pertenecían a todas las clases sociales, de forma que el poeta romano Juvenal afirmaba que toda Roma estaba cautiva del circo¹. La plebe del Imperio, perdido el interés por la política, solo deseaba con ansiedad dos cosas: pan y circo (*panem et circenses*)². El público experimentaba desde la gradas una sensación similar a la del espectador que contempla la conocida secuencia de la carrera de cuadrigas del *Ben-Hur* de William Wyler o del más reciente de Timur Bekmambetov.

En este libro analizaremos los entresijos de las facciones o cuadras encargadas de la organización de las carreras conociendo a todo el personal que las hacía posibles. Nos convertiremos en aurigas y examinaremos cómo eran los caballos y los carros de la competición. Contemplaremos la magnitud del Circo Máximo y el esplendor del hipódromo de Bizancio asombrándonos de la simbología de sus elementos y de la forma en que reflejan el mundo del poder.

Nos acomodaremos en las gradas del Circo Máximo para contemplar el fasto del desfile inaugural y experimentar un día cualquiera de carreras y otros espectáculos. Enardecidos por la emoción nos daremos cuenta de la inmensa popularidad de estas competiciones que producían recalcitrantes fans y se hacían presentes en la vida cotidiana a través de mosaicos, lucernas y cerámicas en un deseo de recordar las sensaciones vividas y de atraer al hogar la buena suerte de la victoria del auriga vencedor.

Los nombres y el palmarés de famosos aurigas, como Diocles o Porphyrius, y de caballos como *Incitatus* o

Volucer (alado) nos traerán la gloria que un día disfrutaron y pudieron conmemorar en inscripciones y estatuas.

Sabremos que la pasión desbordante por aurigas y caballos afectaba a los mismísimos emperadores que no podían disimular sus preferencias por los azules o los verdes, llegando a la locura de Calígula que agasajaba de forma exagerada al caballo *Incitatus* pensando incluso en nombrarlo cónsul.

Tal era la locura del circo que no se dudaba en recurrir a la magia para alcanzar la deseada victoria, bien por medio de tablillas que maldecían a cocheros y caballos oponentes, bien con amuletos protectores que preservaran a animales y aurigas de estos males. El dinero que se apostaba y el afán de victoria propiciaban igualmente la consulta de numerosos astrólogos. Solo unos pocos intelectuales como Séneca o Plinio el Joven preferían la calma del estudio al bullicio del circo.

Veremos también cómo esta pasión ha seguido viva gracias al cine en el que podemos revivir las espléndidas carreras de las distintas versiones de *Ben-Hur* (1925, 1959, 2010 y 2016) o la menos espectacular, pero representativa del mundo bizantino, de la cinta *Teodora de Bizancio* (1953).

Una breve bibliografía final encaminará al curioso que, preso de la locura del circo, desee profundizar en el conocimiento del fascinante mundo de las carreras de la Antigua Roma.

Deseo dejar constancia de mi agradecimiento al profesor Ángel Ruiz Pérez de la Universidad de Santiago de Compostela que me inspiró la idea de escribir esta obra como continuación de mi libro *Gladiadores: mito y realidad*. También al profesor Francisco José Udaondo Puerto de la Universidad de Salamanca, amigo siempre fiel, que me proporcionó abundante bibliografía, así como a las

profesoras de la Universidad Autónoma de Madrid Rosario López Gregoris y Helena González Vaquerizo, que también me ayudaron en la localización de fuentes bibliográficas.

Y por supuesto a mi facción familiar, no nos ponemos de acuerdo si azul, verde, blanca o roja, compuesta por Santiago, Tomás, Andrés y Pablo, y la *domina factionis* Marisa.

[1](#) Juvenal, Sátiras, 11, 197.

[2](#) Juvenal, Sátiras, 10, 80-81.

I. ANTES DEL ESPECTÁCULO

Las carreras de carros: religión, política y espectáculo

En sus orígenes las competiciones de carreras de carros estaban relacionadas con festividades religiosas. Los romanos celebraban el 21 de agosto y el 15 de diciembre los *Consualia*, en honor de Conso, dios de la siembra y del grano almacenado, en las que había carreras de carros. Estas carreras despertaban a los dioses subterráneos que favorecían la vegetación. Además, el hecho de que los carros realizaran un recorrido cerrado y continuo se relacionaba con el ciclo agrícola. Precisamente durante estas celebraciones en el valle entre el Palatino y el Aventino, donde luego se instalaría el Circo Máximo, tuvo lugar el legendario rapto de las sabinas. Rómulo había invitado a los pueblos vecinos a los espectáculos y en el curso de los mismos raptó a las mujeres de los sabinos. Este sentido religioso nunca se perdió del todo como se verá cuando describamos el desfile inaugural o *pompa*, en la que los dioses tenían un destacado papel, o cuando hagamos referencia a las imágenes de divinidades que adornaban el Circo Máximo.

Las carreras de carros se incorporaron a las diversas festividades religiosas romanas y, a medida que fue creciendo el número de fiestas durante la República, aumentaban los días dedicados a juegos del circo. En el siglo I a. C. había 17 días anuales de circo repartidos en las distintas festividades. Por ejemplo, los *Ludi Romani* en honor de Júpiter, Juno y Minerva, del 4 al 19 de septiembre,

ofrecían cinco días de estos espectáculos y los *Ludi Plebei* en honor de Júpiter (4-17 de noviembre) tenían tres días. Aparte de estos festivales establecidos los magistrados de la República y los generales utilizaban los juegos circenses para atraerse la voluntad popular o conmemorar sus logros electorales y sus grandes victorias. Durante la época imperial en las provincias romanas los magistrados locales y los sacerdotes del culto al emperador fomentaban dicho culto ofreciendo carreras en honor de los miembros de la familia imperial.

La popularidad de las carreras creció de tal manera que en el siglo IV d. C., según el calendario de Filocalo (354 d. C.), había ya 64 días dedicados en exclusiva a los juegos del circo. Por otro lado, en Bizancio la edad dorada de estas competiciones se sitúa entre los años 500-540, cuando en Roma ya eran una pálida sombra de los gloriosos dos primeros siglos cuando el Circo Máximo estaba plagado de estrellas del espectáculo. En Bizancio los juegos del circo se ligaron fuertemente al emperador y su culto y se siguieron ofreciendo hasta el siglo XII, aunque no era comparable el número de cuarenta y seis o cincuenta carreras diarias de la época de Justiniano con las apenas ocho que tenían lugar en el siglo XI.

En las carreras de carros se unían los elementos religiosos con la intención política para captar el favor del pueblo de cara a ganar unas elecciones o mantener una estrecha relación entre el emperador y sus súbditos. Pero también constituían un electrizante espectáculo que necesitaba una cuidadosa organización en la que tomaban parte los equipos, aurigas y caballos, que actuaban en el contexto del circo o el hipódromo y generaban en sus espectadores las más variadas pasiones.

Organización del espectáculo: las facciones